

Y comieron perdices: cinco generaciones formando familia.

Horacio Chitarroni, Cristina Zuzek, Mercedes Tarzibachi, Malena Libertella, Luciana Castronuovo, Celina Jaccachoury, Inés Brazzola, Verónica Moreno.

Cita:

Horacio Chitarroni, Cristina Zuzek, Mercedes Tarzibachi, Malena Libertella, Luciana Castronuovo, Celina Jaccachoury, Inés Brazzola, Verónica Moreno (2004). *Y comieron perdices: cinco generaciones formando familia*. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/370>

Título: Y comieron perdices: cinco generaciones formando familia

Autores:

Lic. Horacio Chitarroni (director de investigación) hchitarroni@ciudad.com.ar

Lic. Cristina Zuzek Zuzek@arnet.com.ar

Lic. Mercedes Tarzibachi mercedestarzibachi@yahoo.com.ar

Malena Libertella maleliber@hotmail.com

Luciana Castronuovo lucianacastronuovo@hotmail.com

Celina Jaccachoury c_jaqui@hotmail.com

Inés Brazzola ines_ardi@hotmail.com

Verónica Moreno morenovero@hotmail.com

UNIVERSIDAD DEL SALVADOR / FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES /

IDICSO (Instituto de Investigación en Ciencias Sociales)

Taller de Población y Empleo

Resumen

A lo largo del tiempo, los habitantes de la Argentina asumieron comportamientos distintos de nupcialidad, fecundidad, duración de la pareja, organización de roles familiares, crianza de los hijos, estrategias de reproducción material, etc.

Este proyecto de investigación se propone analizar, a través de la reconstrucción de sus protagonistas, las trayectorias vitales de un conjunto de parejas que iniciaron sus vidas conyugales al comienzo de cada una de las últimas seis

décadas: desde los inicios de los años 50 hasta los inicios del segundo milenio. Los objetivos generales son dar cuenta de las expectativas y motivaciones que acompañaron la decisión de conformación de la propia familia en cada una de estas etapas, así como de los modos de organización de la reproducción vital y doméstica y la influencia de las condiciones del contexto. Estos propósitos se abordarán desde una perspectiva cualitativa, a través de entrevistas en profundidad realizadas a los miembros de las parejas por separado. Además del criterio de selección inicial – el año aproximado de iniciación de la vida conyugal – se adoptará un segundo criterio de muestreo teórico, seleccionando parejas pertenecientes a los sectores medios y a los sectores populares.

Introducción

Medio siglo es, medido en tiempos históricos, un lapso breve. Sin embargo, el último medio siglo fue testigo de cambios lo suficientemente intensos como para no echarlos al olvido. Por lo demás, desde la perspectiva de la vida cotidiana, desde la experiencia vital de las personas – cuyo término de vida promedio está lejos de duplicar ese lapso – , medio siglo es mucho tiempo; particularmente si ha sido pródigo en transformaciones.

Estos dos aspectos: el de los cambios y el de su influencia en la vida cotidiana – el de la *historia* y la *biografía*, como quería C. Wright Mills (1977) – , son especialmente sensibles desde la mirada que atañe a la sociología.

Efectivamente, nada más específico de esta disciplina que ocuparse de los macrocambios que tienen lugar en la estructura social y de su impacto en las

trayectorias vitales de las personas. A la inversa, del modo particular en que estas trayectorias vitales agregadas crean y recrean la estructura. Puesto que las regularidades observables en las conductas humanas no están hechas de otro material que de conductas humanas.

Entre las muchas cosas que cambiaron en las últimas cinco décadas, la familia es una de las principales. Paradójicamente, una institución tan sujeta a transformaciones como lo es la familia, ha exhibido también considerable estabilidad: rupturas y continuidades, que de esa argamasa está hecha la historia...

A lo largo de los últimos cinco decenios, los habitantes de la Argentina asumieron conductas distintas en torno a la nupcialidad, la fecundidad, la duración de la vida en pareja, la organización de los roles al interior de la familia, la crianza de los hijos, las estrategias de reproducción, el habitat, la relación con el mercado de trabajo, las relaciones jerárquicas al interior de la familia, etc.

Estas conductas fueron el resultado de condicionamientos culturales y a la vez, de decisiones adoptadas en contextos socioeconómicos cambiantes, y por lo tanto, de elecciones realizadas entre alternativas limitadas. Las condiciones del contexto tanto actuaron como factores facilitadores u obstructivos. De esta múltiple interacción entre condicionamientos culturales, condiciones materiales y voluntades, resultaron las trayectorias vitales de las personas.

Por lo demás, cada generación forjó una imagen de sus propias circunstancias, así como de las que tocó vivir a sus ascendientes y descendientes. Estas imágenes no son, por supuesto, *objetivas*: las del pasado – propio o ajeno – están necesariamente teñidas por las *argucias de la memoria* – propia o ajena –.

Asimismo, el imaginario que cada uno construyó acerca del futuro al principiar el camino, los proyectos vitales, son - tarde o temprano - comparados con las vidas realmente vividas. Y los balances resultantes suelen arrojar variables grados de discrepancia y, eventualmente, cierta carga de frustración. Esta frustración podrá ser mayor cuanto mayores hayan sido las expectativas forjadas.

Queda, por último, el camino que nos resta recorrer y las ideas que de él nos forjamos. Ellas tienen existencia real en tanto ideas, proyectos que influyen en nuestros comportamientos y decisiones: el futuro existe como potencialidad y como imaginario.

Cuanto más hemos vivido, más pesa la impronta del pasado: atesoramos más recuerdos que proyectos. Por el contrario, en las primeras etapas de la vida cuenta más la impulsión del futuro.

De esta amalgama – lo imaginado y lo vivido, lo proyectado y lo porvenir – están construidas las vidas. Las de las personas, las de las familias y las de los individuos en sus contextos familiares.

Esta investigación se propone analizar, a través de la reconstrucción de sus protagonistas, las trayectorias vitales de un conjunto de parejas que iniciaron sus vidas maritales al comienzo de cada una de las últimas seis décadas: desde los inicios de los años 50 hasta los inicios del segundo milenio. De tal modo, estas trayectorias abarcan los últimos cincuenta años de historia reciente.

Los objetivos generales son, por lo tanto, dar cuenta de las expectativas y motivaciones que acompañaron la decisión de iniciar el proyecto de conformación de la propia familia en cada una de estas etapas, así como de los modos de organización de la reproducción vital y doméstica y de la influencia de las

condiciones del contexto.

Estos propósitos se abordarán desde una perspectiva cualitativa, a través de entrevistas en profundidad realizadas a los miembros de las parejas por separado.

Además del criterio de selección inicial – el año aproximado de iniciación de la vida conyugal – se adoptará un segundo criterio de muestreo teórico:

procuraremos entrevistar parejas pertenecientes a los sectores medios y a los sectores populares (en el capítulo metodológico damos cuenta del modo en que se operacionalizó esta decisión).

Cada etapa de los relatos vitales será contextualizada en el marco del momento histórico particular en que transcurrió, con lo que se pretende conjugar la

dimensión microsociaI con la macrosociaI: una vez más, la biografía y la historia.

Con tal finalidad, la primera parte de este trabajo procurará recrear y caracterizar brevemente – a partir de fuentes secundarias y éditas – el contexto histórico en

que tuvo inicio cada unión, en sus múltiples dimensiones (cultural, política, económica) haciendo énfasis en aquellos aspectos más estrechamente vinculados a las historias familiares y a las decisiones relacionadas con el desenvolvimiento del ciclo vital.

Con la finalidad, también, de contextualizar el análisis, la segunda parte del trabajo abordará una reseña de las principales tendencias que marcaron las

transformaciones en las estructuras de la familia, a lo largo del último medio siglo.

Marco teórico

El marco conceptual sobre el que se apoya esta trabajo consta, básicamente, de cuatro ejes:

- el primero de ellos es el concepto de familia
- el segundo es el de las estrategias de reproducción vital
- el tercero se refiere a la concepción de las generaciones
- el cuarto eje es el de las biografías y las historias y su entrelazamiento a través de las percepciones de los protagonistas

Todos estos ejes se integran estrechamente entre sí.

La familia

Hacer un análisis de la familia requiere en primer lugar hacer el esfuerzo teórico de responder la siguiente pregunta: ¿qué es una familia? Las definiciones posibles son múltiples. Desde el punto de vista de la sociología resulta heurísticamente interesante remitirse a los clásicos. Afirmaba Weber que el objeto de estudio de la sociología como disciplina es la acción social, entendida ésta como toda acción orientada por otros. Sólo los individuos son (somos) capaces de realizar este tipo de acciones, es decir, “realizar una 'acción' como orientación significativamente comprensible de la propia conducta” (Weber, 1998: 18). Desde esta perspectiva, la familia debe ser estudiada como un desarrollo particular – y por tanto no el único posible o necesario – de la acción social de unos cuantos individuos. Partimos, entonces, del concepto de familia como un producto socialmente construido y por tanto cambiante en el tiempo. La aparición del concepto de familia y su definición varían según el contexto histórico de cada sociedad en particular. Es este hecho el que resulta interesante en el presente trabajo. Planteado este punto de vista emergen rápidamente algunos interrogantes, como por ejemplo ¿qué definición de familia tienen los argentinos? ¿cómo fue

cambiando la misma en el tiempo? ¿qué diferencias se observan entre diferentes estratos sociales? ¿cómo se relacionan estas definiciones o representaciones con las condiciones materiales en las que viven los sujetos – actores – miembros de una familia?

Evidentemente, la pertenencia a una familia determinada condiciona el desarrollo de los individuos que la componen. Numerosos estudios señalan la relevancia de las características de la familia u hogar de origen en el desenvolvimiento individual en ámbitos tan variados como el escolar, laboral, el uso del tiempo libre, la inserción social en general.

La familia es un producto histórico y por tanto responde a las características de una sociedad determinada. Bourdieu (1990) plantea la necesidad de considerar a la familia como parte de la lucha de poder entre las clases sociales.

La diferenciación social tiene un carácter objetivo y subjetivo. El primero hace referencia a las características de los bienes, modos de hacer y de relacionarse propios de cada posición social; el segundo se evidencia en los modos de pensar inherentes a ésta. De esta manera, el espacio social se caracteriza por la lucha simbólica entre grupos con diferentes estilos de vida y por tanto heterogéneos entre sí según el status que su posición les confiere. La posición ocupada por cada agente en el espacio social está estructurada por las condiciones objetivas. Estas generan condicionamientos que, a su vez, crean disposiciones subjetivas o *habitus* semejantes entre quienes ocupan un mismo lugar en el espacio social. Desde esta perspectiva, las condiciones objetivas son incorporadas como estructuras subjetivas, las cuales determinan las formas de ver, analizar, clasificar y evaluar la realidad social. En el *habitus* se fundamentan las prácticas de los

sujetos y a partir del análisis de las mismas es posible generar una clasificación en clases del mundo social representado.

Según Bourdieu (1990) vivir en familia es un mandato socialmente construido.

Este mandato significa que la familia es “una realidad trascendente a sus miembros, un personaje transpersonal dotado de una vida y un espíritu común y una visión particular del mundo”. Es además “un universo separado en donde sus integrantes están comprometidos a respetar y perpetuar las fronteras (que lo separan de los demás) idealizando su interior como sagrado, sanctum, secreto de puertas cerradas sobre su intimidad, separado del exterior por la barrera simbólica del umbral, lugar secreto de asuntos privados.” (Bourdieu, 1990). Finalmente, la familia tiene un significado de morada, de casa en conjunto con todo lo que ella significa en tanto conjunto transmisible.

De estas definiciones se desprende que la familia es concebida como un agente activo, un ente con pensamientos y sentimientos, a la vez secreto y sagrado, fundamento de la transmisión patrimonial entre las generaciones.

A su vez la familia funciona como *campo*. Más allá de que la existencia de la familia esté naturalizada no hay que perder de vista que es un producto histórico y social. El estado de una familia es producto de un complejo de relaciones de fuerza entre las diferentes posiciones sociales de sus miembros, las cuales está definidas nuevamente por la posesión de capital económico, simbólico y fuerza física.

De esto se desprende que una vez que la familia está afianzada como cuerpo cumple un rol fundamental en el sostenimiento del orden social, no sólo en su aspecto reproductivo biológico sino también en el mantenimiento de los roles

sociales y el espacio social. La familia cumple, pues, un rol fundamental en la acumulación y transmisión de capital de diferentes especies (económico, simbólico). El capital familiar se administra de manera colectiva y de esta gestión depende el mantenimiento, la mejora o el empeoramiento de la situación de clase. Bourdieu (1990), por fin, identifica al Estado como instituyente de las categorías oficiales y de la vida familiar. Por ejemplo, a través del otorgamiento de subsidios a determinados tipos de familias, el Estado realiza un trabajo de codificación con efectos económicos, sociales y simbólicos reales. De esta manera, el Estado y todos sus agentes influyen en la forma de organización familiar que adoptan los grupos. La vida en familia es impuesta, es una construcción social muy sólida ya que está avalada y protegida por el Estado.

Las generaciones

Queda claro que la familia es una construcción social históricamente determinada que varía en el tiempo. Sin embargo, los cambios no son necesariamente graduales y paulatinos. Puede suceder que hechos socialmente relevantes signifiquen un cambio rotundo en las representaciones sociales o bien que las mismas se mantengan inalteradas en el tiempo. Es decir, podría suceder idealmente que las concepciones acerca de la familia se transmitan de padres a hijos y éstos, a su vez, las reproduzcan de la misma manera. Sin embargo, las condiciones históricas son cambiantes y la construcción social subjetiva de las mismas acompaña de alguna manera esta evolución. La pregunta que se nos plantea en este punto es la siguiente: ¿en qué medida cambian las representaciones de familia de una generación a otra? ¿los cambios que se dieron

de una generación a otra son socialmente relevantes? ¿qué es lo que define a una generación?

Lo que define a una generación es el hecho de compartir las mismas condiciones de existencia. En una misma sociedad pueden coexistir varias generaciones diversas compuestas por personas de la misma edad. La generación no está asociada a la dimensión estrictamente cronológica de la reproducción social sino a las condiciones materiales y sociales en las que se reproducen los individuos. “La situación de clase y la situación de generación (pertenencia a clases de edades vecinas) tienen en común circunscribir, por el hecho de su situación específica en el espacio socio-histórico, a los individuos en un campo de posibles determinado y favorecer así un modo específico de experiencia de pensamiento, un modo específico de intervención en el proceso histórico.” (Mannheim citado por Criado)

Estrategias de vida

El concepto de *estrategias de vida familiares*, puede ser definido como “...aquellos comportamientos de los agentes sociales que estando determinados por su posición social (pertenencia de clase) se relacionan con la formación y mantenimiento de unidades domésticas en el seno de las cuales pueden asegurar su reproducción biológica, preservar la vida y desarrollar todas aquellas prácticas, económicas y no económicas, indispensables para la optimización de las condiciones materiales y no materiales de existencia de la unidad y de cada uno de sus miembros.” (Torrado, 1982). El concepto de estrategias no se encuentra exento de tensiones. Un primer núcleo problemático se encuentra relacionado a la cuestión de racionalidad. La idea de estrategias conlleva el supuesto de

comportamientos adoptados voluntariamente (por acción u omisión) por los miembros de los hogares, que tienen carácter instrumental: son medios adoptados con la finalidad de alcanzar ciertos objetivos. Estos medios no debieran responder a la racionalidad instrumental necesariamente, bastaría con quienes los adoptan crean en su eficacia para alcanzar los fines propuestos. Por otra parte debe tenerse en cuenta que, tal como señala Torrado, “el despliegue de una estrategia no requiere necesariamente – es decir tampoco excluye- que los actores movilicen una determinada racionalidad” (Torrado 1998).

Debe señalarse además que existen mediaciones entre las características del contexto y las oportunidades de los hogares: están dadas por ciertos activos tangibles e intangibles con que los hogares cuentan. Estos activos (patrimonio material; capital humano; capital social) les permiten ampliar sus oportunidades de elección frente a las restricciones y condicionamientos del medio. Su escasez, por el contrario, aumenta la exposición y priva de alternativas.

Biografías e historia

“Cuando los historiadores intentan estudiar un período del cual quedan testigos sobrevivientes se enfrentan, y en el mejor de los casos se complementan, dos conceptos diferentes de la historia: el erudito y el existencial, los archivos y la memoria personal. Cada individuo es historiador de su propia vida conscientemente vivida, en la medida en que forma en su mente una idea de ella”.

Eric Hobsbawm, *La Era del Imperio, 1875/1914*.

Efectivamente, la biografía y la historia se entremezclan y se influyen mutuamente

de una manera que a veces es inextricable. Nuestras vidas se desarrollan en ciertos contextos históricos y sociales, que posibilitan pero también limitan nuestros actos y decisiones individuales. Ellos están vinculados a las condiciones – y a las personas – que constituyen nuestro entorno cercano, pero hay asimismo condiciones estructurales – materiales, jurídicas, culturales, etc. – que nos resultan impuestas aunque no lo advirtamos. Estas condiciones son las resultantes de largos procesos, cuyo estudio es materia de análisis de los historiadores. Nuestras biografías están, pues, históricamente situadas.

No obstante, esas condiciones tampoco son independientes de nuestras acciones u omisiones, de nuestras decisiones o voluntades, porque ellas, en forma colectiva e imperceptible en lo inmediato, constituyen su materia constitutiva. Los cambios en las estructuras son provocados por los microcambios en las conductas humanas. Nuestras biografías dan forma a la historia.

Somos, pues, hijos de nuestra época y somos, a un tiempo, sus constructores.

Esta particular convergencia de las vidas y sus contextos sociohistóricos parece ser, como lo quería Mills (1977), la materia más específica de la sociología.

La interpretación de estas relaciones complejas requiere una doble aproximación: el examen externo de las circunstancias del contexto y las vivencias e interpretaciones de quienes vivieron sus vidas en ese contexto. Esto último requiere de las voces de los protagonistas: esas voces, pues, han de ocupar “un lugar central en un texto en el que el investigador cede su turno al que sabe qué y cómo ha vivido, llorado, sufrido, amado y leído” (Vasilachis de Gialdino, 1999).

Las familias son, por otra parte y con sus formas cambiantes, el lugar preferencial e inmediato donde se desarrolla y reproduce la vida. Constituyen, por lo tanto, un

observatorio privilegiado para analizar la convergencia entre biografía e historia. Porque los cambios estructurales se manifiestan, entre otras cosas, en cambios en las estructuras familiares. Porque la cultura se trasmite y reproduce, pero también se transforma, en primer lugar, a través de la familia. Porque los cambios en el orden económico o político involucran y afectan a los individuos a través de las mediaciones de las familias. Es en el contexto de organizaciones familiares donde, habitualmente, se adoptan y delinear las estrategias reproductivas, entendidas en el amplio sentido de aquellas acciones que hacen posible la continuidad de la vida humana.

Y es a través de la conformación de familias como se suceden las generaciones que protagonizan las etapas históricas.

El contexto histórico

El contexto histórico cobra, en este trabajo, una dimensión relevante. Se trata de las últimas cinco décadas: desde el apogeo del modelo de industrialización sustitutiva de importaciones y la aparición del peronismo como fenómeno político central, hasta su crisis de dicho paradigma de desarrollo y el escenario de la globalización. Curiosamente, el ciclo se cierra con el peronismo en el gobierno. ¿Qué significó este decurso histórico sobre las vidas de la gente?. ¿De qué maneras los cambios en el plano político, económico, cultural y en la estructura social se entrelazaron con las vidas de las familias?.

Política, economía, cultura y sociedad

A pesar de la arbitrariedad de cualquier criterio de periodización, es posible afirmar

que cada una de las décadas consideradas se corresponde, aproximadamente, con un escenario socioeconómico y político singular.

Así, la *pujante* década del cincuenta corresponde a la inmediata postguerra, el comienzo de la industrialización sustitutiva de importaciones, la intensificación de las migraciones internas y la expansión del Estado de Bienestar. El protagonismo político del peronismo y su derrocamiento, la incorporación de las clases trabajadoras a nuevas formas de consumo y participación y el consiguiente impulso de nivelación social. Fue, pues, un período signado por cambios de importancia en la estructura ocupacional y de clases, en los hábitos de consumo y en la distribución ecológica de la población.

Los *ilusionados* años sesenta se corresponden con la emergencia del desarrollismo, la segunda etapa de la industrialización, centrada en los bienes de capital y en los rubros más complejos, la afluencia de la inversión extranjera y la expansión de los sectores modernos. Su correlato social fue el ascenso y la expansión de nuevos estratos medios, la continuidad del proceso de urbanización, la expansión educativa (en especial de la educación superior) y la ilusión de la movilidad ascendente como horizonte continuo. Además de incipientes cambios en los hábitos culturales y de consumo, como también en las conductas sexuales y las relaciones de género. La *modernización* – correlato sociológico del *desarrollo* – le proporcionó su impronta. Todo ello, en el marco de las convulsiones políticas derivadas de la proscripción del peronismo.

Los *conflictivos* años setenta se inician con la maduración de los cambios culturales insinuados en la década previa, una fuerte ruptura generacional – en especial al interior de los sectores medios –, la intensa movilización política de la

sociedad bajo un signo fuertemente contestatario y el vuelco de los sectores juveniles a la militancia. Al mismo tiempo, el fortísimo incremento del protagonismo sindical en la vida política y económica. Todo ello, como telón de fondo del regreso del peronismo al gobierno. Al promediar la década, la nueva ruptura de la institucionalidad y la emergencia de la dictadura militar marcarían la vida de los argentinos durante casi un decenio, produciendo un cambio copernicano en la tendencia vigente. La represión, la cancelación de la vida política, el disciplinamiento de la sociedad indujeron un repliegue de los argentinos hacia la vida de puertas adentro, una suerte de refugio en la privacidad del ámbito familiar que contrastaba con las formas de socialización colectiva imperantes en el primer quinquenio. El clima festivo del campeonato mundial de fútbol, con sus estridencias callejeras, semejó, de algún modo, la negación colectiva del traumático proceso por el que atravesaba la sociedad argentina. Habían llegado, sin embargo y de la mano de una efímera prosperidad, la televisión en color, los artículos importados y los objetos que muchos argentinos de clase media, que estrenaban su condición de turistas internacionales, podían adquirir de a dos en lugares del mundo donde antes solamente viajaban los ricos. Los hábitos de vida y consumo sufrían, pues, una importante transformación.

Los *perdidos* años ochenta, con el regreso de la democracia tras la guerra de Malvinas y el colapso del régimen militar, tuvieron como protagonistas esenciales una profunda crisis económica, la emergencia del endeudamiento externo como problema central, el develamiento del drama ocurrido en los años recientes y las inconciliables miradas de distintos sectores de la sociedad frente a él. El regreso al barrio tras las excursiones internacionales coincidieron con el comienzo de la

ruptura del horizonte del trabajo seguro, vinculada a la creciente informalización de una economía que había atravesado por un acelerado proceso de terciarización y destrucción de industrias. Al mismo tiempo, la posibilidad del trabajo independiente como vía de ascenso social, tan cara a los argentinos en los años precedentes, empezaba a mostrarse esquiva de la mano de la creciente concentración de la economía. Con ello, aparecía el fantasma de la nueva pobreza, capaz de amenazar a los ya no tan sólidos estratos medios locales. El final del decenio – y del gobierno encabezado por Raúl Alfonsín – estuvo marcado por la zozobra de la hiperinflación y el abrupto crecimiento de la pobreza. Con ese prolegómeno, los *convertibles* años noventa traerían el sosiego de la estabilidad tras los sofocones de la inflación. El país se abría al mundo y a los vientos de la globalización, de la mano de las políticas recomendadas por el consenso de Washington. Renegaban los argentinos de su pasado de fronteras adentro, de sus industrias protegidas y con mercados cautivos, de sus robustos sindicatos corporativos, de su pesado Estado paternalista – ya no se lo consideraba benefactor – y de sus empresas de servicios públicos ineficientes. Una parte probablemente mayoritaria de la sociedad – sin distinción de estratos sociales – se mostraba de acuerdo con privatizar estas empresas, reducir la intervención del Estado, poner coto al poder de ingerencia gremial, gozar de los beneficios de la apertura económica y contar con la posibilidad de comprar con pesos que equivalían a un dólar en un mercado planetario. Los destinos turísticos exóticos – entrevistados fugazmente algunos años atrás y luego extrañados – se tornaron habituales para algunas franjas de los sectores medios. El parque automotor creció y se renovó, en tanto que los teléfonos, tan escasos y anhelados

en otros tiempos, se multiplicaban y se volvían móviles. Todo tenía su precio: las mujeres se volcaban masivamente al mercado de trabajo, pero los ingresos caían, las oportunidades laborales se mostraban esquivas e inestables y el fantasma del desempleo – largamente ausente de las preocupaciones de las familias argentinas – se volvería un invitado habitual. Pero igual, los vientos de la apertura mudaban ropajes a la sociedad y a las costumbres: las familias abandonaban sus formas tradicionales, los jóvenes prolongaban la adolescencia y el rock pasaba a formar parte indisociable de la identidad de las nuevas generaciones.

La década con que se inició el presente siglo no admite un adjetivo porque todavía está conformando su clima. Comenzada bajo el colapso de la convertibilidad y una fuerte deslegitimación del sistema político, pareció inaugurarse con la impronta de un intenso rechazo a todo el pasado reciente. La historia nos enseña, sin embargo, que está construida con la argamasa de las rupturas y las continuidades, lo que permite hallar vestigios del pasado en los tiempos nuevos, como también anticipos del presente en el pasado. Es probable pues, que el presente oculte o revele – según se mire – las claves del porvenir.

Recrear estos climas y estos sucesos desde la perspectiva de la vida cotidiana y las vivencias, de manera de poder insertar en ellos las biografías y el relato de los protagonistas, se constituyó en un ejercicio de escritura basado en una duplicidad: la narración histórica basada en el apoyo bibliográfico y documental y la recordación capaz de movilizar vivencias personales.

Tendencias demográficas

El otro eje histórico donde se inscriben las vidas de nuestros protagonistas son las

grandes tendencias del cambio demográfico y de las estructuras familiares a lo largo del período tratado.

En la etapa en que tiene inicio esta historia, la forma familiar predominante era, largamente, la familia nuclear completa, en su versión más tradicional: padre proveedor y madre ama de casa. No obstante, la creciente complejidad del aparato productivo comenzaría a insertar con mayor frecuencia a las mujeres en el mercado laboral. Esto, junto con el retraso paulatino de la edad de la nupcialidad, contribuiría a la reducción del tamaño familiar por la limitación de la cantidad de hijos. Efectivamente, son la sola interrupción del llamado *baby-boom* de la segunda postguerra, la natalidad seguiría siempre un curso declinante.

A partir de 1960 la estructura demográfica denota una tendencia unidireccional caracterizada por dos fenómenos: la progresiva disminución de la relación de masculinidad y el paulatino “envejecimiento”, hechos ambos explicables por el cese del aporte de extranjeros y fundamentalmente por la continua caída de la natalidad.

Así, familias nucleares, de tamaño declinante y con la lenta incorporación de un segundo proveedor, marcarían la tendencia entre los sesenta y los setenta.

Los años ochenta, de la mano de la crisis, mostraron una reducción de los matrimonios y la natalidad, al tiempo que un crecimiento de las disoluciones familiares favorecidas por la reciente sanción del divorcio vincular. También un paulatino pero firme incremento de los hogares monoparentales y unipersonales como también de los encabezados por mujeres.

Los cambios más profundos en el aspecto demográfico y de las estructuras familiares arribaron, sin embargo, en los años noventa, abarcando aspectos cuya

conjunción ha sido denominada como *segunda transición demográfica*. Entre ellos, el retraso de la edad de la nupcialidad y la maternidad, la disminución del número de hijos y un incremento en las uniones consensuales, antes usuales en los estratos populares y ahora cada vez más frecuentes en los sectores medios. Asimismo, la proliferación de las familias ensambladas, producto de segundas uniones.

La metodología

Biografías e historias, vivencias y significados no podrían sino asumirse desde la perspectiva interpretacionista y cualitativa. El abordaje metodológico elegido se basa, pues, en el relato biográfico, a partir de entrevistas semiestructuradas sobre ejes cronológicos y temáticos. “La investigación biográfica consiste en el despliegue de las experiencias de una persona a lo largo del tiempo, lo cual incluye una selección consciente e inconsciente de recuerdos de sucesos o situaciones en las cuales participó directa o indirectamente; y su interpretación mediada por las experiencias posteriores. Por lo tanto, el relato que hace la persona no es solo una descripción de sucesos sino también una selección y evaluación de la realidad (...) tiene respecto de otros métodos la ventaja de recoger la experiencia de la gente tal como ellos la procesan e interpretan. Esta revelación de hechos e interpretaciones implícita o explícitamente está filtrada por las creencias, actitudes y valores del protagonista.” (Sautu, 1999).

Como lo señala Kornblit (2004): “Para los científicos sociales, las experiencias particulares de las personas recogidas a través de historias de vida representan la posibilidad de recuperar los sentidos, vinculados con las experiencias vividas,

que se ocultan tras la homogeneidad de los datos que se recogen con las técnicas cuantitativas. Pero, a la vez que permiten vislumbrar un mundo de significaciones, en ocasiones en torno de la intimidad, plantean también el desafío de volver a insertar los sentidos individuales atribuidos a la experiencia en el contexto social en el que ellos surgen, única vía de trascender lo particular y construir un saber más denso sobre lo social”,

Las entrevistas se realizan separadamente, a ambos miembros de las parejas seleccionadas, pero con una guía de pautas común.

Los criterios de muestreo adoptados son dos: el cronológico (parejas que hayan conformado sus uniones hacia el inicio de cada una de las décadas) y la estratificación social (parejas cuyos integrantes, al momento de la unión, formaran parte de los sectores populares y de los sectores medios). Este doble criterio de selección encuentra su fundamento en uno de los ejes teóricos que sustentan este trabajo; el referido a las generaciones: “...no podemos hablar de generación más que en la medida en que se comparta, además de una contemporaneidad cronológica, una misma situación en el espacio social – que comporta unas mismas condiciones materiales y sociales de producción de individuos –.”

(Criado). O, para decirlo en términos de Bourdieu, “...las diferencias de generación son diferencias en el 'modo de generación' –es decir, en las formas de producción – de los individuos. Estas diferencias en el modo de generación no afectan, en un momento determinado del tiempo, a toda la sociedad, sino que se limitan, en cada momento, a grupos y campos concretos. Y es que estas diferencias en el modo de generación nos remiten a las diferentes condiciones materiales y sociales de reproducción de los grupos sociales.” (citado por Criado).

Ha sido destacada una diferencia (Kornblit, 2004) entre lo que se denomina *historias de vida* y los llamados *relatos de vida*. Las primeras aluden a una descripción detallada de la trayectoria vital de una persona considerada prototípica del tema en estudio y suelen basarse en estudios de casos. En tanto que las segundas son narraciones biográficas centradas en el objeto de estudio de la investigación, aunque puedan abarcar la totalidad de la trayectoria vital. Esta última es la modalidad adoptada en este trabajo.

Bertaux (citado por Kornblit, 2004), ha señalado dos formas básicas de encarar el análisis de los relatos de vida: la *hermenéutica*, encaminada a develar los significados que las personas transmiten en sus narraciones y la *etnosociológica*, que apunta a “acceder a través de los relatos a los referentes contenidos en ellos que dan cuenta de relaciones, normas y procesos que estructuran la vida social.” (Kornblit, 2004). La primera se centra en el relato mismo, en tanto que la segunda – que es la asumida en este trabajo – apuntaría a rastrear en los relatos las manifestaciones de procesos estructurales e instituciones sociales.

El inicio del trabajo de campo

Al momento de redactar esta ponencia se ha iniciado el trabajo de campo. Fueron entrevistadas dos parejas conformadas al iniciarse la década del cincuenta.

Notas bibliográficas

Bourdieu, Pierre (1990): “Espacio social y génesis de las clases” en *Sociología y Cultura*, México, Ed. Grijalbo.

Criado, Enrique Martín (s/f): “Generaciones / Clases de edad”, en Román Reyes

(Dir.), *Diccionario Crítico de Ciencias Sociales*, disponible en

http://www.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/C/clases_edad.htm

Kornblit, Ana Lía (2004): *Metodología cualitativa en ciencias sociales. Modelos y procedimientos de análisis*, Buenos Aires, Editorial Biblos.

Sautu, Ruth (1999): *El método biográfico*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.

Torrado, Susana (1982): *El enfoque de las estrategias familiares de vida en América Latina: Orientaciones teórico-metodológicas*, Buenos Aires, Centro de Estudios Urbanos y Regionales, Cuaderno N° 2.

Torrado, Susana (1998): *Familia y diferenciación social. Cuestiones de método*, Buenos Aires, Ed. Eudeba.

Vasilachis de Gialdino, Irene, en Sautu, Ruth (1999).

Weber, Max (1998): *Economía y Sociedad*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.

Wright Mills, Charles (1977): *La imaginación sociológica*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.